

Las historias de Federico Falco suelen captar la respiración del campo y de los pueblos del interior. Sin embargo, mientras habla apenas se adivina la tonada cordobesa. En verdad, dejó hace tiempo su Cabrerá natal, estudió en la capital de Córdoba para convertirse en escritor, y desde hace años, vive en el barrio porteño de Colegiales. El mismo desplazamiento, curiosamente, es el que hace el protagonista de su novela reciente *Los llanos*, finalista del Premio Herralde, que además es escritor y ama las huertas, igual que su autor. Así y todo, no es una historia autobiográfica, sino una ficción que recorre el proceso de duelo de un hombre que se muda solo a la llanura húmeda para recuperarse de una ruptura amorosa que lo dejó a la intemperie: no tiene casa y está roto.

Si bien es su primera narración larga, el escritor cordobés es reconocido desde hace tiempo como uno de los grandes cuentistas contemporáneos, por sus relatos de *222 Patitos*, *La hora de los monos* y *Un cementerio perfecto*. Y no solo a nivel local; en 2010 la revista *Granta* lo incluyó en la lista de los 22 mejores escritores menores de 35 años en lengua española.

A Falco le gusta decir que se impone desafíos a la hora de escribir sus historias, y así atraviesa los límites de los géneros. El desafío en esta novela parece ser contar el espacio que existe entre los hechos relevantes de una vida. Lo extraordinario es que en ese no suceder la escritura muestra el tiempo, su pausa, y el devenir de los procesos creativos.

—¿Cómo trabajaste un tema difícil de narrar como el duelo?

—Cualquier tipo de duelo se escapa al relato. En este caso es un duelo amoroso, que no es tan terrible como un duelo por la pérdida de un ser querido. No se puede imponer un relato en el duelo. Nunca sabés cómo te va a pasar, hay que atravesarlo. Incluso es difícil de narrar porque no pasan muchas cosas, básicamente pasa el tiempo. Uno va encontrando espacios para acomodar la pérdida, para darle espacio en la propia historia, en el propio cuerpo.

—¿Y de qué manera interviene en ese proceso el paisaje de la llanura?

—Los paisajes me dan muchas ganas de escribir. Escribo en medio de la ciudad, y de alguna manera, evoco en esa escritura los recuerdos de mis vacaciones en la sierra, de mi infancia en el campo. De ahí la aparición del paisaje. La llanura en sí me interesaba porque es muy desafiante.

—¿En qué sentido?

—Me interesaba romper la idealización de póster de volver a vivir en la naturaleza. La vida en el campo tiene un montón de cosas hermosas, pero también es un desafío. En la llanura hay mucha intemperie, mucha desprotección. En la novela aparece reflejada en la huerta la idea de que hay que lidiar con cosas que salen mal. Sequías, lluvias excesivas, hormigas, pájaros que comen lo sembrado. La huerta refleja lo que podría llegar a ser la experiencia de la cotidianidad de alguien adulto que también tiene que ir lidiando con un montón de cosas.

—¿Puede ser que esta intemperie alcance al narrador en varios sentidos?

—Sí, vivimos todo el tiempo a la intemperie, pero necesitamos inventarnos situaciones a las cuales aferrarnos, que nos hacen sentir que no estamos tan solos. Puede llegar a ser la familia, la pareja, la construcción física de una casa y en muchos casos también tiene que ver con las cosas que nos contamos a nosotros mismos para controlar la incertidumbre constante que implica no saber qué va a pasar mañana. Apelamos a aplicar a nuestra



Federico Falco era conocido sobre todo como cuentista. Esta es su primera incursión en el largo aliento.

Entrevista con Federico Falco. El final de una relación, un duelo, una mudanza al campo, la pasión por la naturaleza, son algunos de los asuntos que trata su novela *Los llanos*, finalista del Premio Herralde.

LAS RUPTURAS QUE DEJAN A LA INTEMPERIE

POR VERÓNICA BOIX

propia vida la forma de los relatos que leemos o que vemos en la televisión. Romper esa tensión entre arte y vida lo dejaba al narrador en un lugar de vacío de relato. Un escritor es alguien que está todo el tiempo pensando en cómo armar relatos. Se queda vacío de relato, y ahí es donde el diálogo con el paisaje se vuelve productivo.

—¿Podría decirse que es una novela sobre la escritura?

—Al principio el narrador tiene una concepción de la escritura que tiene que ver con la forma del relato, con la trama, con una progresión de los hechos. Hay una escena en la

que aplica la lógica del relato a su vida, y le pregunta a su ex pareja, “¿Estamos en este momento en que tendríamos que estar separados para después poder estar juntos?” Le responde que no, que eso pasa en las películas. Y él lentamente, como un proceso, va explorando diferentes acercamientos a la escritura hasta llegar a la lógica de la escritura como práctica, como algo que surge, que no tiene una forma sino que es un estar, un presente, un escribirse, un estar ahí sin tratar de acomodar el mundo, sino simplemente de habitarlo.

—El paso del tiempo, en ese sentido, aparece

en primer plano.

—Tiendo a ponerme desafíos a la hora de escribir, en este caso, tenía que ver con escribir qué pasa entre las escenas. Son los espacios que uno tiene que aprender a habitar en la adultez. Siempre pensamos en esos hitos donde hay un cambio que empuja el relato hacia adelante, pero hay un montón de días en que lidiamos con conflictos que no traen ninguna consecuencia más allá de renegar un poco. Y también hay un montón de días donde nos aburrirnos. Este año fue un gran año de aprender a aburrirse. Me interesaba cómo pensar de qué manera eso se puede poner en



La huerta es un elemento central de la trama de este libro.

BÁSICO

FEDERICO FALCO

CÓRDOBA, 1977

Licenciado en Ciencias de la comunicación por la Universidad Blas Pascal y realizó un Master en Escritura Creativa en Español en la Universidad de Nueva York. En 2002 fundó, junto a Luciano

Lamberti e Inés Rial, la revista literaria digital *Fe de Rata*.

Ha publicado los libros de cuentos *222 patitos, 00* (ambos en 2004), *La hora de los monos* (2010) y *Un cementerio perfecto* (2016), la novela breve *Cielos de Córdoba* (2011) y el libro de poemas *Made in China* (2008). En 2010 fue seleccionado por la revista *Granta* como uno de los mejores narradores jóvenes en español. Actualmente, reside en Buenos Aires, donde coordina talleres de escritura y codirige el proyecto editorial Cuentos María Susana.



Los llanos
Federico Falco
Anagrama
240 págs.

palabras, cómo encontrar una forma que transmitiera ese paso del tiempo y cómo encontrar algún tipo de mecanismo que sostuviera el texto y que no necesariamente fuera la evolución o los cambios emocionales o de la vida del personaje.

–¿Y qué lugar ocupa la biblioteca que traslada desde la Capital al campo?

–No solamente se encuentra y se refleja en la huerta, sino que se encuentra y se refleja en otras lecturas. Entran las citas y algunos versos. Me interesaba que fuera también una novela sobre leer y generar diálogos con lo leído. Es algo que me pasa mucho, encontrarme en las lecturas. De pronto entablar diálogo con gente que es de otra generación, de otro país, de otro siglo. Y es como si me estuvieran hablando, no puedo responder, no hay un otro.

–¿La memoria, de alguna manera, también entra en ese diálogo?

–El paisaje es el disparador de la memoria. El paisaje de la llanura funciona como la magdalena embebida en tilo de Proust. A medida que el narrador se encuentra con diferentes cosas piensa ese paisaje similar, pero muy diferente, que es el paisaje perdido, el paisaje que ya no habita. Esa diferencia tan simple como la diferencia entre la pampa húmeda y la pampa seca. El paisaje que él recuerda está más ligado a la producción, a qué pasa con esas tierras. Mientras que el paisaje que está habitando tiene que ver con algo más frondoso, desorganizado, donde las cosas nacen y crecen a su ritmo natural con mucho menos

intervención humana. Me parecía un buen eco entre diferentes maneras de acercarse al acto creativo en sí. Una es tener todo bajo control, exterminar hasta el último yuyo, solamente producir lo que quiero decir y saber perfectamente qué quiero decir y hacerlo, y otra es ver qué pasa, veo que surge y hacia dónde va.

–¿Podría decirse que la primera forma se acerca a la estructura de tus cuentos y la segunda, más libre, a esta novela?

–Hay algo que fue evolucionando de cuento en cuento, sobre todo en la última década. El cuento es un género que me gusta mucho, pero todo el tiempo estuve pensando cómo salirme de esta estructura que impone. Por mi forma de ser es una estructura que me organiza, que me tranquiliza a la hora de escribir. Pero sentía que era una trampa. Y me gustaba traer ese conflicto a la novela.

–¿Qué buscabas al incluir elementos de tu propia biografía en la ficción?

–El poder de la primera persona me parece algo sumamente poderoso, incluso para alguien como yo que básicamente leo y escribo. “Flores nuevas” es un cuento que narra una serie de suicidios adolescentes, terriblemente trágico y para escribirlo tomé episodios de mi propia adolescencia. Y uno de mis compañeros de secundario lo leyó y me dijo “Fede, qué terrible lo que pasó”. Si había alguien que podía saber que nada de eso era real, que nada de eso había pasado, era él. La primera persona es así de poderosa. Todos deseamos creer en los relatos y tendemos a minimizar la posibilidad de la imaginación. El protagonista tenía que ser escritor, sentía que iba a estar ligeramente basado en situaciones que me habían pasado a mí. Y me parecía que a la novela le venía bien ese jugar a lo autobiográfico, pero lo pude hacer cuando descubrí que no tenía que ser yo, que podría basar el personaje en alguien parecido a mí, prestarle ciertas zonas de mi biografía y después imaginar, armar, inventar.